

CRÓNICAS DE UM LUSITANO INTERIOR NA ALBION

por Rafael Castela Santos, corresponsal en Gran Bretaña

Derechas ... “à la gauche”

Hubo un tiempo en que no había ni derechas ni izquierdas. Pero vino la Revolución Francesa y se sentaron a la derecha de aquel inicuo Parlamento aquellos que querían hacer la Revolución sin prisas y a la izquierda aquellos otros más apresurados por sacar de quicio (verdadera etimología de la palabra revolución) a aquella Francia que –con todos sus defectos- era hegemónica en el mundo.

Hubo un tiempo en que, salvando las distancias, ser de derechas era estar en lo correcto, y así se dice “right” en inglés o “Recht” en alemán. Puestos a seguir el hilo etimológico no está de más decir que en Latín la palabra izquierda es sinister. Pero en esto la belleza y plasticidad, y buenos deseos, de las lenguas germánicas no igualan a la precisión lapidaria de la lengua madre latina al ubicar en el ámbito de lo siniestro a las ideologías que más muertos han ocasionado en toda la historia de la humanidad.

Lo correcto, si es que pudiera hablarse así de una “verdadera derecha” no sería una reacción a la revolución como plantea el conservadurismo, sino un anclaje en los principios inmutables y eternos contenidos en la Tradición. De ahí que la diferencia entre conservadurismo y Tradición sea insalvable: son dos conceptos distintos. Es más la distancia que existe entre *De Monarchia*, de Dante, y *El Príncipe*, de Maquiavelo, es menor que la que hay entre Tradición y conservadurismo.

Lo anteriormente expuesto se ilustra bien con el ejemplo del anticomunismo. Durante la época de la guerra fría se multiplicaron las iniciativas anticomunistas de todo tipo. Y, sin embargo, ¿qué ha quedado de todo ello? El anticomunismo, como tal y per se, se ha probado una de las opciones más evanescentes y estériles. Más aún, a menudo

alameda digital

actualidades, ideas e cultura

el anticomunismo –de corte a menudo económico y poco más- daba cancha a una política cultural netamente izquierdosa e izquierdizante.

La Tradición europea, exportada a todo el orbe, tiene su anclaje en el Cristianismo. Y, a su vez, el Cristianismo utiliza el modo filosófico helénico en el pensamiento y el modo romano en la ejecución. Añádase que el Cristianismo incorpora a Israel, al Israel que espera verdaderamente a Cristo y no reniega de El, y cuya máxima expresión moral y ética es el Decálogo. La Tradición, e incluso las derechas conservadoras más serias, no plantean contradicción entre sus ideas y el Decálogo. Más bien, incluso, podría decirse que explicitan el Decálogo.

Las (pseudo)derechas acomodaticias, a menudo de expresión caciquil, de clan y de grupúsculo de intereses, así como las (pseudo)derechas liberales hacen tabla rasa del Decálogo no tanto por una cuestión de índole moral sino por una cuestión metafísica: son relativistas. Como resulta que estos dos elementos son los más prevalentes en las (pseudo)derechas oficiales que afligen a los países occidentales, resulta que el desarrollo de la política es mercurial y ayuno de anclaje en los principios, siquiera los del Derecho Natural, que liberales y pancistas y demás orcos afines niegan.

Decía Don Juan Donoso Cortés que detrás de todo gran problema político había un problema religioso. Es cierto: los problemas económicos a menudo son sociales, los sociales son políticos, los políticos en el fondo son frecuentemente problemas filosóficos y los problemas filosóficos suelen ser problemas religiosos y/o espirituales. Claro que Donoso Cortés, que empieza liberal y luego se hace conservador, acaba prácticamente en las arenas de la Tradición, en trayectoria con no pocos paralelos a la de otro verdadero derechista que acaba en el umbral de la Tradición, Ramiro de Maeztu. Pero está claro que hoy día las (pseudo)derechas no beben en gentes como Donoso, Maeztu, Menéndez Pelayo, Russell Kirk o T.S. Elliot.

Al desdeñar los principios inmutables que van desde Sócrates a Francisco Elías de Tejada, por poner una figura señera relativamente reciente, pasando por Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, pero sobre todo por Jesucristo, las (pseudo)derechas se convierten en volubles, en instrumentos útiles a la Revolución. La consigna leninista de

alameda digital

actualidades, ideas e cultura

“dos pasos adelante y uno atrás” como modus operandi de la Revolución toma cuerpo en las (pseudo)derechas, que poco a poco consolidan los “avances” revolucionarios.

Todo esto es fácilmente demostrable. Las (pseudo)derechas de hoy día, incluso sus aparatos mediáticos, son capaces de decir cosas que antiguamente hubieran sido impensables. Por ejemplo el ABC de España –un diario considerado monárquico y de derechas- del 2007 es capaz de proponer cosas que ni el Mundo Obrero, el periódico del Partido Comunista de España, se hubiera atrevido en 1940. Por ejemplo muchas (pseudo)derechas de hoy día suscriben el aborto, la sodomía, políticas antifamiliares claras o la injusticia social, esta última no abiertamente, pero sí bajo la forma de la globalización y la inmigración incontrolada, las cuales acaban por configurar un status quo donde los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, amplificadas por el apoyo descarado de las (pseudo)derechas a las multinacionales y grandes grupos financieros de presión con daño explícito a la pequeña y mediana empresa, así como al trabajador por cuenta propia, verdadero tejido natural de las sociedades sanas y orgánicas. Amén de considerar a la persona como homo oeconomicus prácticamente en exclusiva, una horizontalización de la vida humana reñida con el concepto tradicional del hombre como persona abocada a la Eternidad.

En las recientes elecciones francesas los bienpensantes “(pseudo)derechistas” se congratulan de la victoria de Sarkozy. Se olvidan, por ejemplo, de que Sarkozy apuesta por la equiparación de las uniones de sodomitas al matrimonio, o que lauda el aborto libre como pocos. Tampoco podemos pasar por alto la radicación de Sarkozy en el republicanismo, con desprecio absoluto –mayormente por omisión- a las raíces cristianas de Francia. O su eje principal, materialista y economicista, con rechazo de la res-publica, del bien común. Por no mencionar sus cuotas de mujeres en el gobierno y sus concesiones al feminismo, uno de los post-marxismos más eficientes, letales y refinados. ¿Es esto “ser de derechas”? Más bien Sarkozy representa, y es, un girondismo recauchutado de poco fuste. Quizás no convenga del todo apartar de la mente, ni siquiera a Sarkozy, cómo acabaron los girondinos.

alameda digital

actualidades, ideas e cultura

En España, por ejemplo, el PP, el Partido Popular (que se autodefine como “centro-derecha”), desprecia el trípode básico de la derecha española, que no es otro que el de Narváez, Maura y Franco. Más aún, este partido, que tuvo su origen en la extinta Alianza Popular, laminó de pleno a políticos y pensadores conservadores y de derechas, sin complejos, como Gonzalo Fernández de la Mora. Más aún: el líder más exitoso, y otrora Primer Ministro español, José María Aznar, dice que su referencia es Manuel Azaña, un Primer Ministro republicano y masón que llevó a España a la Guerra Civil. Con semejante pedigree huelga explicar que fuera el PP, y no el PSOE, el partido que sentó las bases de una inmigración masiva e incontrolada en España o que sea el PP el que facilita abortos o píldoras del día después en aquellos Ayuntamientos y regiones que controla, como es el caso de Madrid. ¿Avalan los hechos la autocalificación de “centro-derecha” al PP? Más bien uno diría que de derecha nada y más bien descentrada. Descentrada de sus ejes.

En Gran Bretaña el referente del Partido Conservador sigue siendo Margaret Thatcher. Esta ultraliberal (digo aquí liberal en el sentido europeo, y no en el americano, de la palabra) ha sido la más ferviente destructora de cualesquiera restos de conservadurismo que pudieran hallarse en Gran Bretaña. El legado de la Thatcher es terrible: proscripción de cualquier uso (o de su remanente) pre-industrial que todavía era posible encontrar en la Inglaterra de los setentas, culto obligatorio y prescriptivo al éxito económico e imposición de una “managerial culture” que permea todos los estratos de la vida británica hoy. No deja de ser curioso que este legado haya sido definitivamente sancionado y consagrado por ese “derechista entre los laboristas” que es Tony Blair. Sea como fuere, la resultante final es el materialismo y el consumismo requintados a la enésima potencia y la sociedad, gracias a los sensacionales oficios de Maggie Thatcher, ha sido privada de los pocos vestigios de verdadera Tradición e incluso los que pudieran haber quedado, en cáscara, en apariencia, han sido completamente vaciados de significado. En realidad Thatcher simplemente hizo buenas las conclusiones lógicas últimas delineadas por Max Weber como consecuencia de una moral protestante: un

alameda digital

actualidades, ideas e cultura

afán de lucro inmoderado ya purgado del ascetismo calvinista. ¿Es éste culto al dinero y esta idolatría del éxito un legado verdaderamente “tory”?

Véase que en más de una ocasión estas (pseudo)derechas hacen de los presupuestos materialistas y economicistas el eje de la vida humana. Esto es marxismo. Porque todos estos ultraliberales que acaban por hacer de la economía el eje primordial acaban abocando a las sociedades a los presupuestos marxistas. O el neocapitalismo amoral, barbarie ya anunciada por Croce que en perfecta connivencia con la izquierda le cede a ésta toda la parcela cultural. Más bien uno diría que, por ejemplo, en el caso de Thatcher fue la Dama de Hierro quien hizo bueno a Gramsci en estas benditas tierras de Albión. Me entran ganas de seguir tirando de pluma y delinear las peligrosas correlaciones entre Lord Disraeli y Lady Thatcher, pero quede eso para mejor ocasión.

Ante todo este panorama surgen, tienen que surgir necesariamente, agrupaciones a la derecha de la (pseudo)derecha oficial. El pensamiento débil de Vattimo, cristalizado en pensamiento único, completamente instalado e incrustado en el sistema, hace todo lo que puede y más para evitar que estas derechas algo más verdaderas, ciertamente menos falsas en el peor de los supuestos, puedan acceder al poder. En la cabeza de todos están las jugarretas a Jean Marie Le Pen para evitar que el Frente Nacional francés pudiera tener poder real, la voladura controlada de Jörg Haider en Austria, la sustitución de Giorgio Almirante por un sucedáneo de baja calidad como es Fini (convenientemente edulcorado, descafeinado y berlusconizado), la destrucción de Pat Buchanan en los Estados Unidos como un referente de una derecha más vera o la castración a priori de cualquier movimiento genuino de derechas en países como Alemania, España o Portugal. El sistema, el establishment, tiene que deshacerse de cualquier voz disidente, por pequeña que ésta sea. El que se mueva, incluso el que se mueva lo más mínimamente, no sale en la foto.

Lo poco salvable de la derecha es lo que todavía recibe de la Tradición. El resto, como reza el título, es una (pseudo)derecha “à la gauche”. Que yo sepa no hay ni una sola derecha en el mundo, menos aún una pseudoderecha, que pueda decirse que está

alameda digital

actualidades, ideas e cultura

más o menos inspirada en los principios inmutables recogidos por Quevedo en su Política de Dios y Gobierno de Cristo.

A fin de cuentas, en estos tiempos de hierro que vivimos, la izquierda es la negación explícita y abierta de Dios y la (pseudo)derecha es la negación de Dios con sordina. Pero ambas convergen, precisamente, en eso: en negar a Dios hecho hombre en Jesucristo Nuestro Señor la Realeza Social que se le debe.

¡Viva Cristo Rey!